

buch für die oberstufe» («Para un libro de estudios superiores») Enzensberger prevé la repetición del viejo drama y aconseja «cínicamente» a los jóvenes colegiales:

«No leas odas, hijo mío: lee los horarios de los trenes. Son más exactos. Despliega las [cartas de navegación mientras te quede tiempo. Abre los ojos. No cantes. Vuelven los días en que clarán listas sobre las puertas y marcharán el pecho de los que digan no».

Enzensberger delata los riesgos de la sociedad de consumo, adivina la terrible amenaza de una cultura deshumanizada, presiente la inevitable irrupción de esa estirpe de hombres a quienes una máquina automática les da «cáncer...», "apartheid"... impuestos de compraventa y aranceles... la plus valía y la metralla... la libre empresa y el positivismo... el gran garratazo y el gran vómito...». A esa nueva raza de homínidos-consumidores-de-bienestar se dirige Enzensberger en su poema «Verteidigung der wölfe gegen die lämmer» («Defensa de los lobos contra los corderos»):

«Contemplaos al espejo: cobardes que os asusta la verdad fatigosa y os repugna aprender [gosa y encomendáis a los lobos la función de pensar. ... vosotros no cambiaréis el mundo».

El tan celebrado «milagro alemán» —la prodigiosa recuperación económica de una nación destrozada hasta los cimientos— es, a los ojos de Enzensberger, el inicio de una vertiente que puede conducir por vías inesperadas a nuevas formas de alienación, tan graves y monstruosas como pudieron ser en su día las resultantes del nazismo. En «Landessprache» («Hablar alemán») —uno de los poemas más significativos contenidos en la antología recientemente publicada en castellano (1)—, Enzensberger confiesa con una mezcla de vergüenza y despecho:

«Alemania, mi país, eres el co-razón impío de los pueblos, con peor fama cada día, entre la gente común de cualquier sitio...».

Tras la opulencia, disfrazada de hartazgo, se esconde la esclavitud; tras las actitudes liberales, el totalitarismo; tras la hipotética felicidad cotidiana, la cosificación del ser hu-

mano. No es lícito, parece decirnos Enzensberger, hablar de Alemania con mayúsculas. Y no es que se trate —como en el caso del ambiguo pre-nazi Stefan George— de remodelar el idioma suprimiendo, por razones estilísticas, las iniciales mayúsculas que invariablemente encabezaban los sustantivos alemanes; la sistemática «minusculturación» de Enzensberger no se apoya en motivos gramaticales o sintácticos, sino en condicionantes psicológicos. La degradación de las mayúsculas equivale, en mi opinión, al ejercicio de una consciente autohumillación; representa el forzoso cumplimiento de una condena lingüística voluntariamente asumida. Hans Magnus Enzensberger, poeta encadenado a un carruaje que ha viajado desde el nazismo hasta el liberalismo neocapitalista (desde la alienación por la cámara de gas hasta la alineación por el televisor y los «delikatessen») se siente instalado, a pesar suyo, sobre un «montón de chatarra teutónica». Y allí o aquí, en alemán o en castellano, la palabra «chatarra» —palabra de estirpe triunfalista aunque no lo parezca— debe ser escrita con minúsculas. Con humildad. Con dolor. Porque la historia contemporánea —también la nuestra— está llena de chatarra. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

(1) Hans Magnus Enzensberger, *Poesías para los que no leen poesías*. (Selección de poemas insertos en los libros «Verteidigung der wölfe», «Landessprache» y «Blindenschrift»). Traducción de Heberto Padilla. Barral Editores. «Ediciones de Bolsillo». Barcelona, 1971.

Fábula de la tortuga y el lógico

Instalado sobre el lomo de la tortuga fugitiva, que la sutileza del griego quiso inmóvil y vertiginosa para siempre, Aquiles se ve sumido en otra carrera no menos inacabable: la que intenta cubrir la distancia infinitamente creciente que separa dos premisas de su lógica conclusión. La aventura nos la cuenta Lewis Carroll, el mismo que no desdenó informarse de lo que le ocurre a las niñas que se trasladan al otro lado del espejo; el mismo, por otra parte, que bajo el seudónimo de Charles Dodgson publicó un tratado elemental de los determinantes y frecuentó las intrincadas fórmulas de la trigonometría plana.

El año anterior a la publi-

cación de «The game of logic», Robert L. Stevenson, que según parece no conocía a Carroll, había dado a la luz pública su historia del sensato y victoriano doctor Jekyll, que se desdoblaba, median-te cierta pócima, en un ciudadano menos manejable, el señor Hyde. El paralelo con el binomio Carroll-Dodgson es tentador: la pócima sería, en este caso, ese furor de la escritura que llamamos humor, y las fechorías no consistirían en violaciones de huérfanas y apaleamientos de ancianitos, sino en esa exasperación de la lógica que la pone, literalmente, fuera de sí. Pero no debemos llevar el paralelo con los personajes de Stevenson demasiado lejos; la aparente dualidad de tareas que ocupó a Dodgson-Carroll se basa, más que nada, en su adopción de dos nombres propios diferentes, lo que sugiere, al menos, otras tantas identidades; esta es una ilusión común, que permite que se conceda a Kierkegaard, que practicó numerosos seudónimos, una diversidad de personalidades que no se predica de quien, como Melville o Quevedo, la tenía en mucho mayor escala, pero bajo un único nombre propio. A mi juicio, la continuidad de aficiones entre Dodgson y Carroll está fuera de dudas: era clérigo y le apasionaban los cuentos de hadas; le atareaban por igual la prestidigitación y la trigonometría; rígido y cortés en sus maneras, su mayor afición fue la fotografía; inventor de rompecabezas y de libros de lógica, fue profesionalmente casto y, en consecuencia, inocentemente «vovurista». Sus gustos se mantienen, como se ve, muy coherentes bajo sus dos nombres propios: la permanencia de su identidad no es más dudosa que la de, pongamos por caso, usted o yo.

Lewis Carroll tiene la suerte de contar habitualmente con excelentes traductores (por la sencilla razón de que para los mediocres es intraducible); así, Antonin Artaud, Henri Parisot, Thomas Chatterton, etcétera... «El juego de la lógica» ha contado para su versión castellana (1) con un notable especialista en lógica, Alfredo Deaño, que ha preparado también un prólogo sagaz y unas notas muy informadas, no inferiores a las de la versión francesa de Gattegno y Coumet, de la que sólo se echan en falta las ilustraciones de Max Ernst. Tanto en esta traducción como en aquella, falta quizá una nota, o al menos tal es mi personalísima manía, sobre la función de los ejemplos en Lewis Carroll. Para el lector ocasional, la alegre demencia

de tales ejemplos, que constituyen la aburrida insistencia de la mortalidad de Sócrates por aseveraciones sobre otras traspasadas de amor, serpientes de mar nostálgicas o niños que ignoran el manejo de los cocodrilos, sólo supondrá un divertido y pedagógico aligeramiento de una materia por demás árida. Creo posible imaginarles otra función. A través de los ejemplos, se supone que la realidad del mundo debe asomarse al esquema puramente formal que el lógico edifica: las cosas aparecen al conjuero de la norma y la atacan, probándo-

de los alemanes no juegan al ajedrez y algunos de los galeses no comen queso tostado, ninguno de los irlandeses se pelea...». La lógica de Carroll es el gorro de dormir de la irreprimible carcajada que nos sacude ante la gratuita y azarosa multiplicidad de los hechos reales, es decir, de los enunciados posibles; Carroll nos recuerda que la regla que ordena el campo de lo decible es siempre decisión nuestra, cuya aleatoriedad muestran incansablemente el niño, el loco y el pensamiento del «buen salvaje». La lógica de Carroll ejemplifica aquella



LEWIS CARROLL.

se así indudablemente la utilidad de la lógica para la vida; pero tal sumisión de los objetos a la ley muestra a las claras que tal ley en modo alguno les es exterior y ajena: la lógica que en esquema el tratado establece no es más que la del mundo real mismo, y lo que en principio pudiera tomarse como teoría general del «buen lenguaje», en el ejemplo se revela teoría del «buen ser» de la correcta existencia, tal como vio el único lógico que osó pensar en la lógica hasta su última consecuencia, esto es, Hegel. Pero la realidad que asoma en los ejemplos de Carroll es, precisamente, la sinrazón; el correcto andamiaje conceptual de la lógica realiza su vigencia en un mundo de puros hechos, burlescos, contradictorios, indomeñablemente locos: «Cuando quiera que algunos

memorable definición que dio Chesterton de la locura: «Lo-co está quien lo ha perdido todo, absolutamente todo, menos la razón».

En último término, Lewis Carroll-Dodgson-Charles-Alicia-Sombrerero-loco-Conejo-blanco sabe que el juego de la lógica, bien jugado, jugado a fondo, es dejarse caer por el profundo agujero del sinsentido, caer y caer interminablemente entre extraños objetos flotantes, hasta tropezar con la dura concha de la tortuga, que pacientemente vuelve la cabeza y dice: «¿Has apuntado ya eso? Si no he perdido la cuenta vamos en el paso mil uno. Nos quedan todavía varios millones...».

■ FERNANDO SAVATER.

(1) Lewis Carroll, *El juego de la lógica*. Traducción de Alfredo Deaño. Alianza Editorial.